

cómo acogerá á Regina y si Regina es Stella pues hace más de quince días que ésta no lo vé!... De seguro le dará *un beso!*...

Muy contento estaba Reginaldo con su inspiración y extrañábase de que Myrrha no se holgára también.

Preguntóle el motivo.

— Amigo mío, le respondió ella meneando dulcemente la cabeza, si la Reina del Aquelarre y la princesa real de Carintia son una sola persona, y nada te ha dicho Stella á ese respecto, es porque tiene alguna razón poderosa para no hacerlo. ¿Quieres sorprenderla en contradicción?... Quizás te embarcas en una aventura cuya gravedad no puedes apreciar por el momento... Prométeme que llevarás á Gitana.

Prometióselo el joven después de reconocer una vez más la cordura de su hermana.

Reginaldo y Myrrha se separaron para descansar un poco.

Y al día siguiente Reginaldo llegaba al palacio caballero en Darío.

LIBRO SEXTO

UN RINCONCITO TRANQUILO

I

« LA BURGUESA » Y « EL TÍO BAUTISTA »

Berta había dado comienzo á sus tareas en la casa burguesa á donde la colocó miss Arbury... Y nos apresuramos á consignar que no se hallaba muy contenta, pues no había logrado amañarse, según su propia familiar expresión. El niño que le habían confiado era de « carácter trabajoso ».

Y sin embargo la casa era una de las más bellas de la Annagasse, en un barrio burgués y aristocrático, y el chicuelo tenía seis años, era muy hermoso y muy bien educado. Pero Berta había perdido su buen humor natural desde que Juanillo... que prometió escribirle, no cumplía su promesa y además parecíale á Berta que la casa era demasiado aristocrática para ser burguesa y el chicuelo demasiado bien educado y demasiado hermoso. Parecía hijo de príncipe!... y le dirigía la palabra á la institutriz en forma tan correcta

y desembarazada que ésta experimentaba la sensación de ser su criada, lo cual le erizaba los cabellos...

Quizás parecerá extraordinario que Berta repugnara á enseñar en una casa aristocrática! Qué diablos! ¿Quejábese acaso de que la señora fuera muy hermosa? No tal. No se quejaba de eso, sino por el contrario, quejábese de que no hubiera señora!

Ese era todo el asunto. Berta era chica de principios, honrada á carta cabal, y por ningún tesoro habría dado lecciones de gramática y de dialecto monmartrés á un sobrino de cura.

¿Se hallaba por ventura en esas condiciones? Probablemente no, porque la señora tenía aspecto de ser una buena burguesa; pero sin duda ninguna — y Berta podía afirmarlo bajo juramento — la señora vivía en estado irregular.

Berta no gustaba de estados irregulares y prometíase expresarlo así á miss Arbury tan pronto como se convenciese de la verdad. Porque es preciso decir que aun no tenía una convicción plena y para ello necesitaba ver al « señor », pues aun no lo había visto y sólo conocía al tío y á los amigos.

La señora era soberanamente hermosa, distinguida y encantadora y ocupaba muy bien su rango. Sabía hablar á los criados como á criados y á la institutriz como á institutriz.

La señora Bleichreider mostrábase deferente para con Berta y ésta no habría hecho ninguna observación si ella se hubiera presentado á su marido ó al « señor » como le llamaba con gran asombro de la cándida institutriz.

— *El señor vendrá esta noche á tomar el té.*

Berta, estupefacta, osó preguntar:

— ¿A qué hora?

— A las doce, contestó la dama para mayor asombro de Berta que sin poder reprimirse salió del saloncillo mordiéndose los labios.

En el comedor halló la institutriz al tío que jugaba con el chicuelo. Era el buen señor hombre de cincuenta á sesenta años, bastante jorobado y siempre vestido con una amplia levita negra. Tenía la manía de inspeccionar las cosas y las gentes con su enorme nariz coronada por un par de gafas verdes. A Berta le había inspirado horror desde el primer día.

En la casa lo llamaban el « tío Bautista » y á Berta hábale parecido desde un principio hipócrita y marrajo. La mirada verde, particularmente detestable, ocultábase á veces tan diestramente tras de las gafas que nadie habría encontrado nada viviente tras de esos vidrios; y otras la misma mirada verde lanzaba chispas y se fijaba con tal insistencia en el objeto interesante que parecía extraño no le lanzara maleficios. Por eso no le gustaba á Berta que el tío Bautista mirara á su alumno Eduardo; y éste tampoco gustaba del tío Bautista, pero por orden de su madre, toleraba las caricias del viejo, que lo quería con delirio.

— Este sujeto no me entra, dijo Berta cuando tomó al chico en brazos; temo que lo ahogue un día de estos.

La madre trataba al tío Bautista con sumo respeto. Por conversaciones oídas en la propia casa, pues nunca salía á la calle sin Eduardo y un enorme camarero llamado William que velaba día y noche por el chico, enteróse Berta de que el tío Bautista no vivía en Viena y viajaba con mucha frecuencia. De cuando en cuando pasaba algunos días en casa de su nieta para abrazarla y constatar que su sobrino hacía muchos adelantos tanto en juicio como en conocimientos y no daba motivos de queja á sus padres.

El tío Bautista no preguntaba nunca á la señora Bleichreider por su marido, sino por el padre del muchacho, é informábase de él como si lo viese muy rara vez.

Berta suponía que « el padre » debía mantener un tanto alejado « al tío », algo si como lo que ocurre en casa de las odaliscas de Montmartre que tienen amantes cremáticos : no reciben á sus madres sino cuando el amante está ausente.

La servidumbre de la casa era numerosa : portero y portera, *maitre d'hôtel*, lacayos, camareros, camareras, cocinera, cochero, paje y el enorme William que acompañaba al niño por todas partes. Una nodriza inglesa cuidaba del cuarto de Eduardo y un preceptor de la Universidad de Viena y Berta como institutriz completaban el personal.

Los amigos y familiares de la casa tampoco tranquilizaban á la joven. No eran sino tres, pero especialísimos : un banquero judío que apestaba á Nabab; un viejo musicastro que según parece había conocido días de gloria y que tarareaba tonadas constantemente miran con ojos codorniz herida á la dueña de la casa; y un anciano militar á quien todo el mundo llamaba « mi general ». Cuando se hallaban reunidos hablaban á veces del dueño de la casa dándole el título de « coronel » ¿Acaso el « señor » de la « señora » era coronel? Hablaban de él con tristeza, como si le hubiera ocurrido alguna desgracia reciente. Mas lo poco que había logrado escuchar la institutriz no le daba mucha luz sobre los acontecimientos. En fin, paciencia, y ya que el « señor » había de venir á tomar el té á las doce, ella ingeniábase para ver cómo tenía la nariz.

Cuando Berta entró á buscar á Eduardo, éste decía á su tío con indiferencia : « ¿De manera que os marcháis esta tarde á las cinco? »

La institutriz pensó inmediatamente : « El padre llega y el tío se va. No hay más que ver, este tío me parece una mamá de comedianta ».

El viejo respondió al muchacho :

— Sí, hijo mío, me marchó, y de seguro lo sientes mucho porque tú quieres á tu viejo tío Bautista, verdad?

Al decir esto el viejo devoraba al adorable chiquillo con su espantosa mirada verde. No de otro modo deben mirar los sapos, desde el borde de los estanques, al botón recién florecido en la campiña.

El chico le contestó :

— Seguramente *puesto que mamá lo dijo*.

El sujeto, pasándole las rudas y temblorosas manos por el cuello, púsose á contemplar esa cabecita de querubín y esos ojos de un azul intenso que revelaban toda la repulsión que le inspiraba el anciano. Este díjole de pronto, con voz bronca :

— No debes mentir, porque es pecado mortal. ¿Me quieres de veras?

Ya te dije que sí, puesto que mamá lo dijo.

— Pero yo te lo pregunto á tí.

— Y yo te he contestado á tí.

— Respóndeme con cariño : « Te quiero mucho! »

El chico cerró los ojos como si le presentaran algún medicamento y haciendo un esfuerzo evidente logró articular :

— Te quiero mucho!

— Adorable chicuelo, exclamó el tío oprimiéndolo contra su pecho...

El chico trataba de escapársele y suplicábale que le dejase ir á jugar. Pero el anciano lo mantenía fuertemente mientras continuaba hablándole con voz siniestra :

— Déjate querer un poco más, Eduardo, que yo no

tengo chico á quien querer. No soy sino un pobre anciano sin familia á quien debe tenerle consideraciones un chiquillo como tú. Solo á tí quiero en este mundo... te quiero más que tu madre; pero deja que te de un beso, niño inquieto.

El chicuelo lanzó un grito estridente y logró escaparse dejando al anciano con los carrillos tendidos, los ojos inyectados de sangre y la boca babosa.

Precipitóse Berta :

— Caballero, que lo maltratáis!

El chico, ya junto á la puerta, volvióse hacia la institutriz y díjole :

— Señorita, Ud. se equivoca, mi tío no me ha maltratado.

— ¿Entonces por qué gritásteis? aludió Berta, que nada comprendía en esa comedia.

El chico contestó sin inmutarse :

— *Porque me dió antojo de ello, señorita!*

La institutriz quedó clavada en su puesto, pero á pesar de eso atrevióse á murmurar :

— Á nadie se le ocurre tratar tan bruscamente á un niño!

— Eso no os importa, observóle el párvulo con tono de altanería *inconmensurable*, y corrió á buscar á su madre.

El tío Bautista recobró sus facultades, sacó un enorme pañuelo rabo de gallo con el cual se enjugó el sudor y la baba y luego se marchó caminando como un autómatas. Salió por el vestíbulo y Berta le oyó un ¡ay! que parecía exhalar de un abismo de dolor para ir á repercutir en todos los músculos de su imponente envoltura.

Berta se dejó caer sobre una silla pensando en todo lo extraño que veía en aquella casa.

Luego exhaló un pequeño suspiro que quería decir :
¿Por qué no me escribe Juanillo?

Durante todo el día pensó en el ex-aprendiz relojero y con aire distraído asistió á los preparativos del té que el « señor » debía venir á tomar en casa de la « señora » y sin hacer caso alguno oyó varias veces que la bella señora Bleichreider decía : « Dese prisa, Hortensia... Dése prisa, Julieta... Dése prisa, Juan... que el « coronel » vendrá esta noche. »

Poco antes de la hora de la comida recibió la señora una visita. Era el reverendo padre Rossi, jesuita. Cerca de una hora duró la entrevista y cuando ya se marchaba el sacerdote, Berta oyó que su ama decía : « Hasta la noche, padre. »

« ¿Cómo, pensó Berta, ha de volver aún? Ha venido tres veces en tres días. ¿Asistirá al té del coronel? Percatémonos, que poca confianza me inspiran los jesuitas. »

De seguro no habría podido responder la joven si alguien le hubiese preguntado porqué juzgaba oportuno percatarse. Berta no era clerical : de su padre, honrado demócrata, había heredado profunda aversión por los clérigos. Berta era « laica y obligatoria » (1).

Los familiares llegaron á eso de las diez de la noche, unos tras otros, con entristecidos aspectos. El viejo banquero judío dijo á la señora Bleichreider : « Le será un gran consuelo volveros á ver : es la primera vez que sale después de la horrible desgracia. » El musicastro sentóse al piano y tocó muy quedo un aire melancólico. El general, parecía fuera de sí. Confióle á la dueña de

(1) Alusión á la ley promulgada por el gobierno francés por la cual se dispone que la instrucción debe ser laica y obligatoria.

la casa que acababa de saber que el gobierno, por darle satisfacción á Brixen, había soltado á esos terribes delegados federales. « Ah! si yo estuviese en su puesto, le aseguro que todo se pasaría muy bien porque conozco un medio excelente para evitar los procesos escandalosos! » Hizo ademán de disparar. Todo el mundo calló, pues todos comprendieron lo que aquel gesto quería decir.

El general agregó :

— En los días que corren, ya nadie sabe hacer política. Cuando pienso en que vos, mi querida Clementina, gozáis de tanta influencia sobre el « coronel »!...

Mas la cara Clementina respondió secamente que la política no le interesaba en absoluto y que se holgaba mucho de que el coronel viniese á su casa para descansar de la política.

« ¿ Quiénes son estas gentes? » continuaba pensando Berta, que había recibido orden de permanecer en el saloncillo con Eduardo, que deseaba abrazar á su padre antes de irse á acostar.

Púsose la institutriz á contemplar á la Señora Bleichreider. Ya dijimos que era bella; no tenía más de treinta años y había conservado, á pesar de una ligera gordura, aquel aspecto conmovedor de cándida y pura virgen que contribuye generalmente el pasajero distintivo de la adolescencia femenina. Era rubia y en sus ojos se advertía la misma mirada azul del pequeño Eduardo por mucho más dulce. No mostraba orgullo su frente y sus movimientos armoniosos y un tanto lentos, sólo revelaban modestia. Su lenguaje sencillo denotaba una naturaleza bien equilibrada. Debía tener buen corazón pues no hacía caso de nimiedades y ejecutaba los quehaceres de la casa con apacible semblante de ángel. En fin, parecía y obraba como mujer

honrada, lo cual no era obstáculo para que murmurase en voz baja : « Así las he visto yo en Montmartre, incapaces de quebrar un plato á simple vista y sin embargo ser el mismísimo demonio. »

II

EL « CORONEL »

El « coronel » se presentó á las diez y media. Era un anciano alto, de barba venerable. Estrechó entre sus brazos á la Señora Bleichreider llamándola « su querida Titina », mientras que ésta le decía con lágrimas en los ojos : « ¿Cómo os sentís, pobre amigo mío? » Así permanecieron durante algunos instantes sin sentirse molestados en lo más mínimo por la presencia de los « invitados », como dos burgueses honorables que se ven después de dolorosa ausencia y que sólo piensan en el placer de la sorpresa.

Por último el « coronel » soltó á « Titina » para dar un beso al chiquillo que esperaba en correcta actitud casi militar á que su padre advirtiese su presencia.

— Francisco, dijo la señora Bleichreider, vuestro hijo ha lamentado mucho no haberos visto en estos días.

Francisco levantó en alto el pequeño Eduardo y se lo comió á besos.

El pequeño se parecía de manera extraordinaria al anciano y Berta, que ya había empezado á discurrir

mentalmente sobre la progenitura del buen viejo de barba blanca y sobre la candidez de los viejos coroneles que se enamoran de las jóvenes rubias, se vió obligada á desechar tan malos pensamientos.

No obstante pensó :

« A pesar de todo, ese no es sino un viejo verde que tiene querida por fuera. Lleva enlutado el uniforme, sin duda á causa de alguna desgracia de familia, lo que no le impide abandonar su casa para venir á ver « criaturas ».

Sacóla de sus reflexiones la presencia del anciano á quien la presentaron y quien le deseó la bienvenida. Contestó ella el saludo con una ligera inclinación de cabeza y escuchó con indiferencia las cuatro palabras que el « señor » se dignó dirigirle en francés para asegurarle que le agradecerían mucho si lograba hacer adelantar á Eduardo. Una vez que el anciano terminó, volvió ella á inclinar ligeramente la cabeza y respondió con tono seco : « Muy bien, caballero ». Los familiares soltaron la risa. El banquero judío se creyó obligado á observar en mal francés que la chica no pecaba por tímida. La Señora Bleichreider la llamó aparte y le dijo en voz baja : « Al « señor » no se le habla en esa forma ». Pero el « coronel » los interrumpió : « Dejadle, amiga mía, dejadle que me hable como mejor le plazca. Es muy gentil esta jovencita. »

Berta, con las mejillas carmesíes, murmuraba entre dientes : « No te apures, viejo verde... Si esto no termina, ya verás en qué tono una jovencuela como yo le dirige la palabra al « señor » de la « señora ».

Felizmente nada aconteció y el « coronel » sentóse en la cabecera de la mesa, donde se iba á dar comienzo al juego « tarok ».

Eduardo, según su costumbre, trepóse sobre las rodi-

llas de su anciano padre y como siempre, distrájolo de tal modo que perdió el « coronel » cuanto tenía en la bolsa.

Entretanto, « Titina » preparaba el té en un saloncillo contiguo y con sus propias manos, pues el « coronel » era goloso.

La joven institutriz intentó retirarse, pero su ama le ordenó con la vista que se quedara, lo cual le hizo comprender que le dispensaban el alto honor de compartir el té con el « coronel ».

Con efecto, así sucedió; pero qué té! El mismo Falstaff se habría enfermado. Cuando se abrieron las puertas del comedor y el *maitre d'hôtel* anunció que la « señora » estaba servida, Berta tuvo la ilusión de ver una tienda de ultramarinos. Sin duda alguna la mesa estaba repleta de golosinas y el « coronel » comió desafortadamente. Cualquiera habría asegurado que tenía hambre atrasada de quince días, *lo cual era quizás la verdad.*

De cuando en cuando levantaba la mirada húmeda para contemplar á la « burguesa »; luego sus miradas juntas se posaban sobre la rubia cabecita de Eduardo.

Durante el té hablóse del arte culinario : el general sostenía contra el « coronel » que el guisado húngaro era el mejor de todos. Avivóse la discusión y la señora de la casa se vió obligada á recurrir á la cocinera para que sirviera de árbitro, ya que era la más competente.

Esta se presentó y una vez que hubo escuchado á las partes dijo que cuando se suscitaba una discusión entre un general y un coronel, el general tenía siempre razón. Celebráronle la agudeza y el « coronel » le regaló un florín diciendo al mismo tiempo algo que le agradaba mucho repetir á la hora de los postres en aquella

casa : « *Aquí por lo menos está uno en un rinconcillo tranquilo.* »

El coronel encendió su tabuco y el banquero judío se apresuró á ofrecerle unos excelentes habanos que cargaba en una tabaquera de oro y adornada con piedras preciosas, mas el « coronel » los rehusó diciendo que él no fumaba sino tabuco.

— ¿Por economía? preguntáronle.

— Tiene miedo de arruinarse y morir en el arroyo!... dijo el banquero judío carcajeándose estrepitosamente, pero el « coronel » se puso serio al oír la palabra « morir » y nadie logró sacarlo de su mutismo.

Berta pensó : « En realidad todas estas gentes son quizás personas que viven de medios ilícitos y el anciano me parece un viejo verde que está gastando con « Titina » la herencia de sus hijos. Buenas noches, alegre compañía y mañana, á la luz del sol nos veremos las caras. »

Mientras los demás volvían al salón, Berta halló modo de escaparse y ya en su cuarto púsose á maldecir contra el destino que la dejaba sin noticias de Juanillo.

Minutos después oyó Berta que los familiares se despedían y ya en el vestíbulo cambiaban impresiones :

- Cuán abatido está nuestro pobre amigo!
- Inconocible!
- Con semejante desgracia!
- Consoladlo, cara amiga.
- Decid á Eduardo que quiera mucho á su papá.
- Sólo en vos tenemos esperanzas. Adiós!

Diez minutos después, cuando Berta empezó á desnudarse, oyó golpear á la puerta de la casa. ¿Quién diablos podía presentarse á tales horas? Creyó reconocer las pisadas, rudas pero discretas.

— Es el jesuita! exclamó Berta.

Y entreabrió la puerta de su cuarto para verle pasar y cercioróse de que en realidad era él. La señora Bleichreider adelantóse á recibirle en el corredor á donde daban los cuartos de ella, del niño, de la nodriza y de la institutriz.

— ¿Qué hay de nuevo? preguntó la señora. ¿Me traéis buenas noticias, padre?

— ¿Cómo está el « coronel »? ¿Creéis que pueda conversar largamente con él?

— Me juró que os había dicho cuanto sabía. Os suplico que no lo atormentéis más á ese respecto.

— Si no sabe más, señora, preciso es convenir en que el « coronel » sabe muy poco y trabajo nos costará desvanecerle esa pesadilla.

— ¿Interrogaron al joven?

— Continuamente le interrogan; acabo de recibir una carta del *paragüero ambulante* y que no dice nada bueno pues según parece el joven es testarudo.

— Padre, ¿sabéis lo que me dijo el coronel? Quizás sea preciso torturar al joven...

Berta no pudo escuchar más porque los interlocutores pasaron al salón.

La institutriz, pálida como una muerta, sentía salirse el corazón del pecho y una extraña sensación de angustia, como si el que iban á torturar fuese un ser querido para ella, hacíala estremecerse toda. De pronto tuvo una visión: en una aldea y en derredor de una mesita estaban sentados ella y Juanillo cuando vino á sentarse á la misma mesa y frente á ellos un espantoso *paragüero ambulante* que antes había dormido á su lado en la diligencia. Ah! perfectamente lo recordaba todo, los paraguas de aquel repugnante *paragüero* estaban agujereados.

Su corazón de mujer la hacía temer por la suerte de Juanillo.

Dejóse caer sobre la cama y así permaneció inerte y sin más estribillo en la mente que el nombre de su amante ausente. ¿Cuánto tiempo duró en ese estado y hasta qué hora se prolongó la entrevista del « coronel », la señora y el jesuita? Nunca pudo decirlo Berta. Mas tan pronto como oyó de nuevo voces en el corredor, volvió á su punto de observación y oyó que la señora decía al sacerdote:

— El coronel tiene razón; es preciso que él mismo le interroge. No es posible que ese joven haya pronunciado semejantes palabras sin que pueda decir qué motivo se las dictó. Es indispensable que dé una explicación... Todos iremos mañana...

— Me parece superfluo recomendaros mucha discreción, señora, porque puede suceder que nos veamos obligados á tomar alguna triste determinación y hasta temo que « el *paragüero* » haya obrado con *excesiva prontitud!*

— Ojalá nos evite Dios esa nueva tortura! exclamó la dama.

Al llegar á la puerta díjole el jesuita algo al oído y Berta no pudo escucharlo.

La dama respondió rotundamente:

— Os juro, padre, que os lo dijo todo.

— No opina lo propio el *paragüero ambulante*.

— Pero en fin, padre, vos le disteis la absolución.

— Cualquiera que no sea el papa negro se atreve á negarle la absolución á semejante « coronel »!...

Inclinóse profundamente y salió del apartamento.

La señora Bleichreider quedóse muy agitada y volvió enseguida á su alcoba. Pocos momentos después oyó Berta el ruido sordo de una voz que repelía la misma

frase sin cansarse. Venciendo el miedo acercóse á la puerta de la alcoba y reconoció la voz del « coronel » que repetía sin cesar :

— Dios mío, todo lo dije y juro nada más sé. *El pequeño Paumgartner los mató á todos y después se suicidó!... Cuando llegó Jacobo sólo encontró los cadáveres.*

La señora replicó :

— El « paraguero ambulante » dijo al padre Rossi que las cosas no habían podido ocurrir en esa forma y que en ello debía haber algo más terrible aún.

— ¿Pero qué diablos puede haber? gimió la voz del « coronel ».

— El « paraguero ambulante » respondió *que no se atrevía á decirlo.*

Berta oyó vagamente algunos floridos y luego, al sentir unas pisadas huyó á su cuarto pensando :

— Bonita cosa, heme aquí en casa de asesinos.

De suponerse es que no pegara los ojos en toda la noche. Las confesiones del « coronel » lo denunciaban como un asesino y la señora Bleichreider tenía todos los síntomas de una cómplice. Ella no permanecería en semejante guarida de bandoleros.

Por último la sombría silueta del padre Rossi, el recuerdo del « paraguero ambulante » de la Selva Negra traíanle á la mente la visión de un pálido y delgado joven que sucumbía entre horribles torturas. Y en el torturado reconocía ella la faz de Juanillo... Horror, horror!...

Por fin llegó el día y con él levantóse Berta y vió que el « señor » y la señora se despedían. Inmediatamente después abrió la puerta y lanzóse á toda carrera por las escaleras. El portero extrañóse al verla salir tan temprano y pidióle explicaciones, mas la institutriz no se dignó contestarle y una vez en la calle echó á correr de

nuevo, resuelta á relatarle al primer agente de policía que encontrara cuanto le había sucedido.

Atravesó la Annagasse y llegó al *Graben* donde suponía encontrar á algún representante de la autoridad. En la extremidad de la calle divisó á un agente de policía y con gran estupefacción reconoció en un tranquilo paseante que marchaba por la acera opuesta al propio « coronel ».

No podía ser más propicia la ocasión : en dos brinco se llegó al agente y mostrándole con el dedo al anciano que marchaba á pasos lentos y con aire preocupado, díjole :

— Detenedle, caballero!...

El agente, estupefacto, preguntó :

— ¿ Á quién ?

— Al hombre de la capa.

— ¿ El hombre de la capa que pasa por frente de aquel almacén ?

— El mismo ; os digo que es un asesino y un ladrón.

El policía soltó una estruendosa carcajada que resonó en todo el *Graben*. Berta, furibunda, pidióle explicaciones, mas el agente contestóle que no se podían hacer bromas de ese calibre. Berta continuó siguiendo al « coronel », que marchaba lentamente por estrechas callejuelas sin mostrar prisa ninguna. En la calle de Carintia dirigióse Berta á dos barrenderos diciéndoles :

— Caballeros ¿ queréis prestarme ayuda para detener á un malhechor peligroso ?

— ¿ Dónde se halla ? preguntó uno de los funcionarios callejeros.

— Allí enfrente, respondió Berta mostrando al « coronel ».

Los barrenderos rieron más estrepitosamente aún que el agente de policía y Berta, estupefacta y viendo

que el « coronel » se dirigía hacia el Burg, resolvió seguirlo mientras reflexionaba :

— Allí encontraré seguramente á algún centinela que se encargue de aprehenderlo...

Y viendo en la acera opuesta á dos individuos con todo el aspecto de los policías de seguridad imaginóse que la policía le estaba siguiendo la pista á su hombre y resueltamente les dirigió la palabra en estos términos :

— ¿Le seguís los pasos al hombre de la capa?

— Sí, señorita, le contestó uno de ellos.

— ¿Y por qué no lo aprehendéis inmediatamente?

Los sujetos no pudieron contener la risa y sin más respuesta siguieron su camino tras del hombre de la capa.

Berta le vió penetrar al palacio imperial por una puertezuela donde había un centinela que presentó las armas al paso del anciano.

Berta exclamó en voz alta :

— ¿Pero no habrá nadie que me diga quién es ese sujeto?

Un soldado que salía de la Hofburg tuvo la amabilidad de responderle :

— Ese sujeto *es el emperador!*

La institutriz cayó por tierra sin sentido...

III

EL DEDO MEÑIQUE DE LA MANO IZQUIERDA

En la mañana aquella presentóse Reginaldo con Darío en las caballerizas imperiales. Preocupado como estaba no paró mientes en el lujo excesivo, con que vivían los soberbios animales del palacio. Sólo pensaba en ella, ó mejor dicho en *ellas!* Con gran cariño acariciaba los flancos de Darío que en breve le daría la completa seguridad respecto de la doble personalidad de Stella. Si efectivamente era la misma Regina, el noble bruto se lo haría saber con su alegre relincho!

Reginaldo lamentaba que aun faltaran dos horas para la lección y después de recomendarle á Félix que cuidara de Darío, retiróse á su cuarto no sin constatar con gran satisfacción el sentimiento admirativo despertado por su caballo en los mozos de cuadra. Preocupado como iba no se dió cuenta del asombro con que le vió entrar á su cuarto el centinela que vigilaba su corredor!...

Una vez en su habitación vió sobre la mesa una misiva dirigida á él, sellada y escrita por « la colchonera. »

Con agitación muy comprensible, pues no podía explicarse cómo le había llegado, leyó :

« ¿Que hacéis, Reginaldo? ¿Seréis eternamente un loco de atar? ¿Me veré obligada á lamentar que no estéis aún en la prisión de la Estrella, prisión de donde muchas veces es más difícil salir que de la tumba? ¿Por qué ese viaje? ¿Por qué no descansáis en la hora del descanso?... Vuestra diligencia es para mí más peligrosa que diez espionajes juntos. Os ordeno que no os halléis jamás en la calle del Agua del Emperador cuando la Reina vaya á visitar á la *Estrella!* »

No había firma alguna pero en cambio se veía impreso el sello del Reloj Rojo.

Reginaldo se consideraba triunfante. Stella negaba que Regina (la reina) conociese á Stella (la estrella). Eso le bastaba y en cuanto á las amenazas y temores de la joven lo dejaban sin cuidado, porque tenía completa seguridad de haber obrado en la noche anterior con suma prudencia y gran cautela.

Además, dentro de un rato conocería el enigma de la doble personalidad de Stella y sabiéndolo ella, no volvería á reír cuando el Príncipe Rojo la levantara entre sus brazos.

Ah! cuánto odiaba al duque de Bramberg!

Dióse prisa á descender á las caballerizas y una vez en el picadero ordinario vió á las princesas en compañía del Príncipe Rojo, junto á la entrada imperial. Tania no vestía amazona y tenía aspecto enfermizo; dió el brazo al duque y se alejó con él.

Reginaldo pensó que quizás la partida de su novio, el príncipe Ethel, le producía mucho pesar.

Regina montó á Czardas, ayudada por Félix y luego se dirigió hacia el joven, quien le hizo una profunda

reverencia. Ella le contestó con un pequeño ademán de protección bastante melancólico.

Acercóse á Darío y Reginaldo, estupefacto, vió que Darío permanecía impassible... Decididamente, Regina y Stella no eran la misma persona.

En aquel momento entró el duque de Bramberg al picadero y cuando ya Czardas se aproximaba con su amazona para dar comienzo á la lección, dijo el duque á la princesa que su hermana se sentía muy indispuesta. La que Reginaldo tomaba por Regina se apeó inmediatamente y sin despedirse echó á correr en la dirección del ala Leopoldina, donde tenían sus habitaciones.

Después de haber esperado en vano durante algunos instantes, volvióse Reginaldo con Darío á las caballerizas donde le aguardaba Magno que traía á Gitana y venía por Darío. Era orden terminante de Myrrha, pues lo necesitaba « la colchonerita ».

Recomendóle á Félix que cuidara de Gitana é hízole dar una vuelta á Darío. De pronto sintió que el bruto se estremecía y dió un salto que habría desarzonado á cualquier otro jinete que no hubiese sido Reginaldo.

El duque de Bramberg atravesaba el patio en aquel momento y dirigíase rápidamente á las caballerizas.

La actitud de Darío era completamente anormal: las orejas paradas, el pelo erizado, los ollares jadeantes, hubiérase dicho que manifestaba más odio que miedo.

— Es curioso, observó el enano, parece como si Darío odiase á ese oficial.

Reginaldo se apeó del caballo, lo entregó á Magno y quedóse recostado contra la verja pensando en todos los detalles extraños de su aventura, cuando el trote de un caballo lo sacó de sus reflexiones.

El Príncipe Rojo salía caballero en Czardas.

— ¿No os parece extraño, preguntó Reginaldo a Félix con aspecto indiferente, la manera como lleva las riendas el duque de Bramberg?

— ¿Por qué? preguntó Félix.

— Porque no emplea el dedo meñique, como todo buen jinete.

— Es muy sencillo, respondió Félix, Su Alteza no puede servirse del dedo meñique de la mano izquierda porque no lo tiene.

— Pero yo siempre se lo he visto, replicó Reginaldo.

— Porque lo tiene de mecanismo articulado.

Reginaldo exclamó con acento indescriptible :

— El Príncipe Rojo! *Dedo de mecanismo articulado!*...

Y Félix no logró saber en qué podía interesar a Reginaldo el dedo articulado del duque de Bramberg; porque el joven echó á correr como un loco, no tras el Príncipe Rojo, que habría sido vana empresa, sino detrás del enano que llevaba á Darío, mas no pudo encontrarlos. Entonces saltó sobre un simón que pasaba desocupado y arrancándole el látigo de entre las manos al cochero fastigó con tal furia al pobre caballejo que le hizo andar como á un caballo de carreras.

Al llegar al puente del canal desplomóse el animal y Reginaldo, sin hacer caso de las furibundas imprecaciones del cochero, echó pie á tierra y continuó corriendo en dirección á la calle del Agua del Emperador.

Sin alientos llegó hasta los pies de su hermana aterrada :

— Myrrha, Myrrha! *no tiene dedo meñique en la mano izquierda!*

Temblorosa, comprendiendo en seguida porqué regresaba tan pronto su hermano, exclamó con grito salvaje :

— ¿Quién?... ¿Quién?...

— El príncipe Rojo!

— ¿Le viste la mejilla?

— La barba se la oculta.

— Cien veces te he dicho que *él* no tenía barba.

— No es difícil que se haya dejado crecer la barba así como se hizo poner un dedo mecánico articulado. *Mirrha, es él!*

— Pero jamás lo oí llamar por ese nombre. Sus amigos le decían Kackler, que quiere decir verdugo.

— Puede ser nombre de orgía.

— Sin duda y además ningún otro nombre le podía convenir mejor. Fácil sería averiguar si sus amigos le dan ese nombre en las noches de juerga cuando se divierten con las chicas que se roban. ¿Por qué no lo has hecho?

— Sólo me fijé en que le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda y me vine corriendo.

— No eres sino un chiquillo. Á muchos hombres les puede faltar el dedo meñique de la mano izquierda.

— Sí, pero me dijiste que debía ser un príncipe de la sangre.

— Tal me pareció; pero para convencernos, sería preciso verle la mejilla.

— ¿Crees que el casco de Darío le haya dejado alguna señal?

— No me cabe duda. El médico afirmó que la herida no se borraría con nada.

— Repíteme su filiación.

— Es moreno.

— Sí.

— Ojos verdes dorados.

— Exactamente.

— Puede ser el mismo. Largas cejas hasta las sienas.

— Eso no; tiene cejas comunes y corrientes.

— Entonces no es el mismo ¿La frente salida?

— No me fijé... pero creo que tiene una frente ordinaria.

— De manera que todo es común y nada observaste. Por la Puerta de Hierro, Reginaldo, que no eres sino un niño y sólo logras causarme pena... exclamó Myrrha presa de verdadera agitación.

Reginaldo la levantó en peso y la llevó al lecho. Myrrha lo atrajó contra su pecho y díjole con voz ruda y salvaje :

— Debe ser el mismo, porque ni « los dos y cuarto » ni la Reina del Aquelarre te han enviado á palacio para que contemples únicamente los amores del Príncipe Rojo con la Princesa Regina. ¿Preguntaste cómo había perdido el dedo?

— Dijéronme que en una cacería, ensayando un fusil.

— ¿En qué época?

— No lo sé.

— ¿No se te ocurrió preguntarlo?

— No tuve tiempo.

— No tuviste tiempo de preguntarlo! Vete, vete. Ya no me amas.

E iracunda rechazó á Reginaldo, quien salió sin la menor resistencia y se encaminó de nuevo hacia el palacio en busca del *verdugo* de las noches de Trieste, *de aquellas noches cuyas estrellas no volvió á ver Myrrha!*

Tan de prisa salió, que no pudo advertir la triple presencia de un enano, un caballo blanco y una chica desconsolada que se detenían ante la farmacia del Señor Málaga. Magno no sentía grandes simpatías por el farmacéuta, mas se vió obligado á recurrir á él para

que le prodigara cuidados á una joven que había encontrado por tierra y sin sentido.

Málaga acudió al llamamiento del enano y al ver á Berta, parecióle que ya la había visto en alguna parte.

Magno relatóle lo sucedido y Málaga se apresuró á traerle una poción que no quiso beber la joven por indicación que le hizo el enano con la mirada.

— Muchas gracias, caballero, ya me siento mejor. Y exhaló un prolongado suspiro mientras contemplaba el papel de moscas de Juanillo.

— ¿Cómo van las moscas? preguntó la joven.

— No muy bien, replicó Málaga, porque el tiempo se ha enfriado.

— Y el joven que cazaba las moscas, ¿dónde está?

— Ah! exclamó Málaga, ya recuerdo haberos visto haciéndole compañía, aquí en la farmacia. Pues tengo la pena de comunicaros que ese pillete á quien salvé de que se muriera de hambre, abandonó la botica sin decir oste ni moste.

Y mientras tal decía continuaba su tarea que consistía en amarrar unos paquetitos envueltos en papel blanco, sobre los cuales escribía señas extrañas, la mayor parte de las cuales se componían únicamente de una palabra, de un nombre y á veces de un signo.

— Ese joven era mi compatriota y sólo por ese motivo me interesaba.

— Me alegre, contestó Málaga, porque el pillete no merece la estimación de las gentes honradas. Estoy por creer que él no ignora á donde han ido á pasar algunas cositas que me faltan en la farmacia.

Berta se estremeció de cólera :

— Señor Málaga ¿no cree Ud. que también se llevó la caja? y sin esperar respuesta, volteóle la espalda y púsose á reir á carcajadas.

Málaga comprendió que la joven le ultrajaba haciendo alusión á la especie que circulaba por el barrio de que su caja siempre estaba vacía y respondió con aspecto de baja y viscosa imitación :

— ¡ Ya la quisiera Ud. en dote, señorita !

— ¿ Yo? replicó Berta. Tal vez nó has mirado nunca al espejo. ¿ Casarme yo con un envenenador público, con un indecente sujeto que no tiene clientela y sólo se dedica á empaquetar cajitas que no van dirigidas á cristianos?

— Dejadme mis cajitas en paz!

Mas Berta ya las cogía por manotadas y las arrojaba al suelo, mientras el farmacéutico, arrancándose los pelos, corría tras de sus cajitas.

Berta, en su ira, olvidó el alemán y se soltó en imprecaciones de chiquilla monmartrense.

Así estuvieron algún rato, ella derribando cajitas y él recogién-dolas, hasta que Berta se apoderó de un paquete que por todas señas tenía esta sola palabra : « Zelle »!

— ¿ Quién diablos es Zelle? preguntó ella. ¿ Algún otro condenado á muerte?

Málaga se arrojó sobre Berta, pero en aquel instante, cambiando de tono y aspecto, devolvióle la institutriz el paquete y pidióle mil excusas en alemán por el mal rato que le había hecho pasar. Málaga, aun estupefacto por el cambio súbito de la joven, divisó á Magno que había desaparecido durante la escena anterior y hacía signos negativos á Berta desde el umbral de la puerta del laboratorio.

— ¿ Nada hallasteis? preguntóle la joven.

— Nada, ni en los cuartos, ni en el tarro, ni en las bodegas, ni en el laboratorio.

— ¿ Os atrevisteis á penetrar en mi laboratorio? interrogó Málaga con ira.

Berta le respondió con voz dulzona :

— Oh! Señor Málaga, no os molestéis, esa pesquisa nó tuvo más objeto que cerciorarnos de que no habíais olvidado á Juanillo en algún rincón.

Berta y Magno salieron de la botica no sin haber injuriado por última vez al vendedor de pomadas.

IV

« ¿POR QUÉ USÁIS LA BARBA LARGA, AMOR MÍO? »

Al llegar al Burg, una dama de honor avisó á Reginaldo que la emperatriz le esperaba para recibir la lección.

El joven subió á su cuarto para ponerse la levita de rigor y como buscara con la vista una nueva carta de Stella, sólo vió que habían colocado en la ventana nuevos barrotos de hierro, lo cual imposibilitaba cualquier escapatoria. ¿Quién habría tenido esa idea, Regina ó Stella?

Rumiando esas reflexiones se encaminó hacia el apartamento de la emperatriz y hallóla haciendo gimnasia. Vestía traje de seda negro con larga cola formada por soberbias plumas de avestruz, también negras. Suspendida de las cuerdas presentaba un aspecto fantástico, tal un ser intermedio entre la serpiente y el ave.

Mientras que ejecutaba esos ejercicios, un profesor de griego le leía en voz alta la *Odisea*.

El profesor de griego cedióle el puesto al profesor de lengua gitana y la emperatriz, un tanto cansada, dejó

los aparatos, que descolgó un camarero, y vino hacia el joven con triste y bello semblante, con aquella tristeza que era como innata en ella. Eran todos sus gestos de admirable melancolía y aun en los *sports* más violentos la conservaba, pues á pesar de las catástrofes, ella seguía cultivando los *sports* como cualquier otro hubiera continuado bañándose el cuerpo.

« Si por lo menos pudiera ver al Príncipe Rojo! » pensaba Reginaldo inclinándose ante la emperatriz. Pocos momentos después llegó Regina y, cosa singular, *Reginaldo permaneció tan tranquilo como si la que estaba frente á él fuera Tania*. Aspecto desolado, que no le conocía Reginaldo, tenía la joven. Pero al atravesar el segundo salón cambió totalmente de aspecto.

El joven la seguía con la mirada mientras continuaba la lección.

— La lengua gitana es una de las más antiguas, Majestad. Es la madre de todas las lenguas y naturalmente tuvo á la India por cuna... (Qué extraño! no es Regina... es Tania... Regina nunca camina así...) Si establecemos una comparación entre las principales lenguas de la India y la gitana, constataremos que esta última les ha dado el ser á los principales términos de las demás. He aquí un ejemplo, señora: « cabeza » en gitano se dice *schiso*, en sánscrito *schisa* y en bengalés *sir*. ¡Dioses de la Puerta de Hierro! ya no pienso si veo á Stella ó á Regina, sino á Tania ó á su hermana. Juraría que es Tania!) « Nariz » en gitano se dice *nak*, Majestad, *nak* en indostán y *naak* en bengalés... (¿Pero de manera que el *mechón blanco* es falso?...) En gitano « sol » se dice *kam*, en sánscrito *kham*, en malabrés *kam*... (No es difícil colocarse un mechón blanco sobre la frente!... y mucho menos para una hermana que tanto se le parece...) « Agua » en gitano se dice *pani*, en

indostán *panni*, en sánscrito *pannir*, en bengalés *paani* y en malabrés *pan*. (¿De manera pues que la lección de esta mañana no se la di á Regina? Natural es que no la haya reconocido Darío) « Dinero », Majestad, se dice *rup* .. sí, señora, en indostán *rupa*; en bengalés *rupa* y *rupa* en malabrés. (De manera que Tania era la que estaba con mechón blanco, en el Prater, mientras « la colchonerita » me hablaba en la puerta de Paumgartner, con peluca rubia, probablemente...)

— ¿Estáis enfermo, caballero? preguntóle Giselda.

— No, Majestad. Os pido mil excusas... Trataba de acordarme cómo se dice « cabellos » en sánscrito, en bengalés y en indostán... Pero tiene uno momentos en que pierde la cabeza, ó mejor dicho, la memoria, Majestad... (Mas, ¿en qué pensaba? Que todo esto es clarísimo; que mientras Tania, con su falso mechón blanco, hace creer que es Regina, ésta se ausenta muy á menudo de palacio; luego reaparece, como Tania y todo se pasa divinamente. Cuán sencillo!) No he podido acordarme, Majestad... Lo único que puedo afirmaros es que « cabellos » se dice *bal* en malabrés y *bal* en gitano. (Mi corazón me grita con más fuerza que nunca que Regina es Stella!) « Ojo », Majestad, se dice *iak* en gitano, *aschi* en sánscrito, *aauk* en bengalés... Ya veis, Majestad, cómo todo se elucida, cómo todo se explica!

La emperatriz, buena é indulgente como era, atribuyó las rarezas de Reginaldo al atortolamiento natural en un joven de humilde condición que dicta su primera lección á una soberana.

Reginaldo salió de los regios apartamentos preocupado por las crueles reflexiones que le torturaban el cerebro. Intintivamente siguió las huellas de Tania, en la dirección de los aposentos de las gemelas, de donde había visto salir en ocasiones al Príncipe Rojo acom-

pañado á veces por Leopoldo Fernando y á veces solo.

Deseaba vivamente tropezarse con el duque de Bramberg. Prometiéndose discreción y prudencia, murmuraba para consigo mismo: « Un poco más de paciencia, Myrrha, hermana querida, y de seguro lo sabremos todo! »

Al voltear un corredor vió Reginaldo que la princesa desaparecía por una pequeña puerta; preguntó á un lacayo á dónde conducía y como le respondieran que á la biblioteca del emperador, que habían puesto á su entera disposición, tomó el mismo camino. En la biblioteca colocóse tras un altísimo pupitre; púsose á hojear con displicencia un magnífico ejemplar de la *Jerusalén libertada*.

En la extremidad opuesta de la biblioteca, ocultábase la princesa tras una pila de libros que tenían esta inscripción: *Verboten Bücher*, libros prohibidos.

Por la puerta que daba acceso á los aposentos del emperador apareció Carlos de Bramberg. Reginaldo apenas pudo contener un grito de odio salvaje.

¿Iba Tania á desempeñar el papel de novia del duque?

Es lo cierto que éste no advirtió nada de anormal y ayudado por la coquetería de la princesa, pusieronse á jugar como chicuelos.

De pronto oyó Reginaldo el murmullo de un beso. Intrigado acercóse más, siempre oculto, y pudo ver que continuaban riendo mientras contemplaban las imágenes de un libro que llevaba este título: *El arte de Amar* por Ovidio.

Eran sus retozos bastante atrevidos, como seguramente no los estilan dos novios burgueses; pero el duque se propasó de tal manera que la princesa lo rechazó diciéndole con *bella voz* un tanto ruda y grave:

— No más, querido Carlos; no más!...

Al oír esa voz sintió Reginaldo que se le saltaba el corazón.

Era la voz de Regina. Púsose á contemplarla minuciosamente y vió que no se equivocaba. Era ella y lo que más le fastidiaba, ninguna señal de cicatriz había podido ver en la mejilla del duque.

Regina en brazos del Príncipe Rojo! Y lo llamó « querido Carlos » delante de él! Y era la propia Stella, no Regina ó Tania, la que estrechaba á Carlos de Bramberg!

Reginaldo buscó instintivamente su puñal, pero afortunadamente para él y para Myrrha que no le habría perdonado venganza tan trivial, habíalo dejado en su pieza. No obstante estar desarmado, intentó arrojarse sobre el duque, pero una frase de Stella lo detuvo.

— Carlos, amigo mío ¿queréis mostrarme vuestro dedo meñique?

El duque accedió, después de hacerse rogar.

Regina púsose á examinarlo como si fuera un juguete y díjole :

— ¿Erais muy joven cuando perdisteis el dedo meñique?

— Sí, hace bastantes años, contestó el duque vagamente...

— ¿En qué cacería?

— Cazando lobos.

— Y á mí me habían dicho que fué en una cacería de osos. Colocáoslo de nuevo.

Regina se le acercó más y díjole en tono cariñoso :

— Desgracia grande es que le falte el dedo meñique de la mano izquierda á un hombre tan hermoso, por que vos lo sois y mucho, mi querido Carlos. Mas decidme, ¿por qué usáis esa barba tan tupida y tan fea?

Muy de suponerse es el estado en que se hallaba

Reginaldo; apenas si podía respirar. Hay furores y esperanzas que quitan la respiración y en el pecho del joven se anidaban esos dos sentimientos.

Conteniendo á duras penas su exaltación, aguardó Reginaldo á que terminara aquella sesión tan interesante para él y para Myrrha.

Regina insistía :

— ¿Por qué usáis esa barba tan fea? ¿Siempre la habéis usado, amigo mío?

— Siempre.

— Me ocultáis la verdad, monseñor. He visto fotografías vuestras sin barba.

— Cuando yo era un chiquillo.

— Estáis de broma, monseñor, y me gusta veros reír, porque así tenéis aspecto de tigre, pero los tigres sólo tienen bigotes. Veamos cómo quedaríais sin barba!...

Y Regina con sus manecitas blancas, apartóle la negra barba.

— Qué extraño, exclamó la princesa, ¿qué diablos es esta gran cicatriz redonda que tenéis en la mejilla?...

Al terminar esas palabras oyéronse gritos, el Príncipe Rojo saltó como una bestia acosada, sacando el revólver. Regina le echó los brazos al cuello y trató de contenerlo, mas él le decía :

— Déjame, que alguien acaba de gritar: « dénele muerte! » ¿No oíste?

— Sí oí... pero ven... vámonos!...

— Déjame, te digo que he visto pasar su sombra.

— Vámonos, mi amor, que quizás sea esa la sombra de Jacobo Ork.

Al oír esas palabras retrocedió el Príncipe Rojo como si estuviera viendo algún espectro.

— ¿Qué dices?

— Bien sabes que está en palacio; ronda por los

corredores. Ismaíl lo dijo. Ismaíl lo vió. Ven, amor mío, que nos van á matar como á los demás. Tú mismo tiembas. ¿Qué quieres intentar contra él? *La dama blanca* y Jacobo Ork son los amos de la Burg!...

Dejóse conducir el duque como un niño y Regina, más enloquecida que él, cerró estrepitosamente la puerta de la biblioteca. Al ruido acudieron unos guardas, pero Regina con los brazos extendidos ante la puerta, no los dejó pasar.

— No se sabe quien está allí dentro!... Quizás sea la *Dama blanca*... Y es lo más probable, porque Carlos y yo la vimos. ¿verdad, Carlos?

Al oír semejante advertencia nadie insistió y el emperador, que acudió al grito de Regina, ordenó redoblar la guardia del palacio y hacer una pesquisa minuciosa en todo el edificio. Ningún resultado se obtuvo y por la noche reunióse la familia imperial para deliberar sobre la conveniencia de abandonar por algún tiempo la vieja mansión imperial en que tantos peligros corrían...

V

« OÍ RUIDO EN EL BALCÓN »

Aquella noche, á las once, todavía no se habían acostado las gemelas de Carintia.

Tania no pensaba siquiera en dormir. La aparición de la *Dama blanca* en la biblioteca vino á colmarle la ansiedad que la había llenado de tristes presentimientos durante el día.

Tania estaba triste desde hacia cuarenta y ocho horas y sin duda hábale producido esa tristeza una conversacion que sorprendió entre el emperador y la emperatriz respecto del príncipe Ethel, su novio, del cual decían los monarcas que se había expuesto á muchos riesgos viniendo á la corte, pero que afortunadamente ya se hallaba á bordo de un crucero, lejos de todo peligro humano.

Tania, aterrorizada, corrió á confiar sus angustias á Regina : ésta la consoló como pudo, mas por la noche Tania se puso á llorar.

— ¿Por qué lloras? preguntóle Regina.

— De miedo, contestó la princesa.

Y con efecto, Tania, desde que el destino la había

hecho heredera del trono de Austrasia, sentíase abrumada por el peso formidable, doloroso y cruel de esa corona maldita que sólo irradiaba desgracias en derredor. Esos justos temores amargaron los primeros besos de Tania y Ethel, que se sublevaban contra el destino implacable que no les dejaba escoger un rinconcito florecido y modesto donde cantar el dúo soberano lejos del bullicio de la corte. ¡El mismo sentimiento que había precipitado la ruina de los últimos Wolfburg!

Tania lloraba y estrechando á su hermana, decíale :

— Hermanita querida, bien sabes que un peligro terrible está suspendido sobre nosotros, sobre ellos, sobre Ethel, sobre Carlos! Ah! Regina, cómo temblas por Carlos! ¿Por qué no quieres que tiemble por Ethel?

De pronto soltó á su hermana é irguióse jadeante :

— ¿No oíste?... Allí, allí!... un ruido en el balcón!... Regina, ante ella, impediáale el paso y también protegíala contra el peligro posible.

— No es nada, dijo. Nada oí.

— Se han movido en el balcón. Hay alguien en el balcón. Llama, Regina, llama!

— Calla!... No des la alarma, te lo suplico!... Bien sabes que no nos es posible llamar!...

— Vámonos!...

— No puedo irme!...

Mostró la puerta secreta que conducía al subterráneo :

— Espero á una persona... Pero tú puedes marcharte... si tienes miedo, vete!... Es mejor que te encierres en tu cuarto, Tania.

— Te repito que hay alguien en el balcón... Oí pisadas...

— Bueno, voy á ver...

— Oh! Regina, ten cuidado!...

Regina se acercó al escritorio y tomó un revólver minúsculo.

Y avanzando con paso resuelto hacia la ventana dijo á Tania :

— Bien comprendes que no puedo dejar á nadie en el balcón cuando espero á una persona que debe venir por allí (y mostró la puerta secreta).

— Naturalmente, respondió Tania... abre!... Si quieren matarnos, moriré contigo!

Indicóle Regina que permaneciera quieta y con el revólver en la mano abrió la ventana y salió al balcón. Tania, que temblaba de pies á cabeza, vióla mirar á derecha, á izquierda y al patio y luego volverá entrar.

Cerró la ventana, arrojó el revólver en un cajón del escritorio y dijo :

— Ya ves que no hay nadie!...

Tania respiró á pleno pulmón.

— ¿A quién esperas esta noche?

— A Orsova.

— Orsova salió... ah! Dios mío, como no venga ninguna mala noticia respecto de mamá!

— Matías está en Viena! respondió Regina con voz tan apagada que aunque hubiera habido alguien en el balcón, nada habría podido oír.

— Y nada me habías dicho! exclamó Tania.

Pero Regina le hizo señal de que se calmara y que hablara más quedo.

— Si por lo menos trajera buenas noticias.

Y luego agregó :

— Pobremamacita!... y decir que la creen muerta!... comida por los lobos de la Selva Negra!... Pero más vale así... Si supiesen que estaba viva, nos la volverá...

rían á arrebatár, ¿ verdad?... y la encerrarían de nuevo en un calabozo de la Jaula de Hierro... Regina, ¿ crees que se curará algún día, que por fin nos volverá á conocer?...

— Si, lo creo, respondió Regina exhalando un prolongado suspiro... Las últimas noticias eran buenas...

— ¿ Y cuando lograste salvarla de entre las garras de los lobos en la Selva Negra no te reconoció en absoluto? Regina meneó negativamente la cabeza.

— Qué horroroso! Regina! Mucho oré por ella y por tí durante tu ausencia... mientras que representaba ese terrible papel de *ser* á veces tú y á veces yo... y cuando el emperador, papá y el duque Carlos están ausentes, como en ese entonces, no me cuesta ninguna dificultad... pero cuando están aquí paso momentos de mortal angustia... ¿ Por qué papá no nos habla jamás de mamacita?... La desdicha de las reinas es terrible. Ahí tienes á nuestra tía Giselda; no está loca, es cierto, pero quizás es más desdichada que mamá. Ah! yo no quisiera ser reina, ni emperatriz, sino poder vivir tranquilamente con mi Ethel en un rincón apartado!

Así, como un chiquillo á su madre, complaciase Tania en hablar á Regina, á quien admiraba como si fuera un héroe por su atrevimiento sin límites y además porque había sabido reemplazar con mucha ternura á la pobre mamá enloquecida.

Tania continuó:

— A pesar de todo, gran dicha es que podamos recibir noticias de mamá esta noche!...

En aquel momento se abrió la puerta secreta y apareció Orsova cubierta por un largo manto negro y oculta la faz tras espesísimo velo de crespón.

— ¿ Qué hay? dijeron las dos princesas á un tiempo.

— Vi á Matías... respondió con voz apagada el haya de las princesas gemelas de Carintia.

Y una vez que se despojó de sus misteriosos atavíos, agregó:

— Díjome Matías que todo estaba perdido!...

— Murió mamá! exclamaron á una Regina y Tania.

— No, no!

— ¿ Entonces por qué dices que todo está perdido? dijo Regina con tono severo. Es preciso confesar, Orsova, que si nos vas á dar una mala noticia, tomas muy pocas precauciones.

Orsova respondió con rudeza:

— Las princesas reales deben estar en condiciones de mirar la verdad cara á cara sin desfallecer, y las precauciones que pueden ser buenas para las demás muchachas de la tierra, no son de circunstancia en este lugar.

— Basta de discursos y dínos toda la verdad, observó Regina con ansiedad.

— La reina está más loca que nunca!... Según parece delira y en ocasiones ruge como una bestia feroz!... Ha sido preciso encadenarla.

— Ah! Dios mío, mamá, pobre mamacita mía! exclamó Tania llorando.

— ¿ Qué es lo que dices? interrogó rápidamente Regina que parecía en el colmo del asombro.

— Lo que me dijo Matías. Dejé á Martín de guarda en el Valle del Infierno y se vieron obligados á encadenar á la reina en la grieta.

— Oh Dios mío! gemía Tania de rodillas, tened piedad de nosotros, tened piedad de mamá!

— ¿ Pero cómo pudo suceder tal cosa? interrogó de nuevo Regina. La última vez que ví á Matías, díjome que los médicos aseguraban que la curación era asunto

de horas nada más y que tenían seguridad de curar á la reina gracias á la bienhechora influencia de los dos bebés encontrados en el ataúd.

— Eso es lo terrible! rugió Orsova... Debido á esa influencia la reina recobró la razón y al ver que esas nó eran sus hijas, dice Matías...

— ¿Y no le dijo enseguida que estábamos vivas? interrumpió Regina.

— No hubo tiempo de nada, replicó lúgubrementé Orsova...

Levantóse de pronto María Silvia y lanzó un grito tan espantoso, tan lúgubre y tan desgarrador, que los pájaros anidados en las grutas de la roca, huyeron para no volver! Dicen que gritaba: « Ah! están muertas, Leopoldo Fernando y su amigo Carlos de Bramberg les dieron muerte. »

— Cielos, dijo Tania sollozando. Es posible que haya dicho tal cosa! Sin duda mamá está irremisiblemente loca! y se ocultó la figura entre las manos.

Regina y Orsova miráronse con cólera por sobre Tania.

— Calla ya! dijo Regina con rudeza. No la hagas sufrir. Bien sabes que voluntariamente me he echado á cuestras todos los sufrimientos.

Orsova miró á Tania y levantando los hombros con desprecio, dijo:

— *Es una chiquilla que no crecerá más.*

Y soltó esta frase entre sus dientes de hechicera:

— *Esta no la supo hacer Reinaldo!*

— Quieres callar, hija de Egipto! exclamó brutalmente Regina apretándole la muñeca á Orsova hasta hacerla gritar.

— Tú también eres hija de Egipto, replicó la vieja y noble dama, mirando con orgullo á Regina.

Mas luego bajó la vista ante la mirada de fuego de su preferida é inclinóse para tomar en sus brazos á la pobre Tania á quien también quería mucho y consolarla diciéndole que los médicos habían dado una esperanza...

— ¿Cuál? preguntó Regina. ¿Y por qué no nos lo dijiste desde un principio ese último recurso?

— Porque lo ignoro.

— ¿No te lo confió Matías?

— El y Martín lo ignoran. Saben únicamente que para que se realice el milagro es preciso que os halléis presentes las dos!...

— Iremos, exclamó Tania!...

— ¿Los médicos creen que pueden salvarla? preguntó Regina.

— Los de la Puerta de Hierro dicen que hay un medio, uno solo, pero que no lo comunican á nadie.

— ¿Ni á mí tampoco? preguntó Regina impaciente.

— Á tí sí, contestó Orsova.

— ¿Cuándo? Quiero saberlo enseguida.

Orsova sacó á medias un pliego de entre su manga izquierda.

Regina se precipitó á cogerlo.

— Sólo tú debes saberlo! murmuró Orsova.

— Está bien, solo yo lo sabré, pero entrégamelo. Y arrancóle de entre las manos el pliego sellado con la insignia de los « dos y cuarto ».

Leyólo rápidamente, sin poder contener un grito de júbilo; luego quemó el pliego en la luz de una bujía y díjole á Tania, que la contemplaba con estupefacción:

— Alégrate, hermanita mía... que nuestra madre se curará... te lo prometo... te lo juro... ven.. acompáñame á tu cuarto para que jures ante su retrato... Y llevóse la al cuarto.

Orsova permaneció en el salón, de centinela, pegada á la puerta que daba sobre el vestíbulo.

Regina y Tania con las manecitas tendidas solemnemente hacia el retrato de María Silvia, repetían á un tiempo : « Mamá, juramos curarte con el remedio de la Puerta de Hierro! »

— ¿Cuál remedio es ese?

— Más tarde te lo diré, contestó Regina. Jura además lo siguiente : « Mamá, juramos hallarnos presentes en el momento en que recobres la razón! »

— Ab! naturalmente, dijo Tania .. para que vea que estamos vivas... y se cure para siempre.

— Repite este juramento : « Juro hallarme presente en el momento en que te devuelva la razón el remedio de la Puerta de Hierro! »

Dócilmente repitió Tania :

— Juró hallarme presente en el momento en que te devuelva la razón el remedio de la Puerta de Hierro!

— Está bien, hermanita... ahora puedes ir á acostarte.

Asomóse Orsova á la puerta y dijo :

— Se oyen pisadas en la galería .. pisadas que se aproximan...

— Probablemente es alguna ronda que va en busca de la Dama Blanca, dijo Regina con acento tranquilo. Buenas noches, Tania .. Duérmete y reposa que estamos bien custodiadas; mañana estaremos lejos de aquí... Ethel, en el mar no corre ningún peligro... sólo piensa en tí... y además sabemos que mamá recobrará la razón... en el fondo no ha sido mal día el de hoy.

Las dos jóvenes princesas y su singularísima aya volvieron al salón. Con efecto, oíase el ruido de una ronda que se aproximaba.

Tania se marchó á su cuarto suplicando á Orsova no tardara mucho en ir á acompañarla, pues tenía miedo de permanecer sola.

Regina abrió la ventana pues dejó las persianas cerradas.

— Abre, Orsova, porque siento un calor excesivo. Y ahora dime ¿viste á « la colchonerita »?

— Sin duda y me entregó esta carta para tí.

Gracias, dijo la princesa.

— ¿Nada te dijo Stella al entregarte la carta?

— No; sólo me comunicó que se marcharía de Viena y que su ausencia podía ser larga.

Regina abrió la carta; de entre el primer sobre escapóse un segundo, cuyas señas leyó :

— Vaya una gracia! dijo en alta voz... una carta para nuestro caballerizo! « La colchonerita » se ha encargado de enviarle la correspondencia. ¿Quién le escribirá? Conozco esta letra...

Acercáronse más las pisadas y detuviéronse de pronto frente el vestíbulo. En el mismo momento golpearon á la puerta del salón. Orsova preguntó :

— ¿Quién está ahí?

— Yo, el duque de Bramberg!...

— Abridle, Orsova, ordenó Regina...

Apareció Carlos con el sable en la mano y seguido por una tropa de hombres armados :

— Sois vos, Carlos. ¿ Venís á aprehendernos, amigo mío?

— Vengo á daros las buenas noches. Vi luz y juzgué que aun no reposabais. ¿ Os importuno?

— De ninguna manera... Dejadnos solos, Orsova...

Una vez que Orsova hubo desaparecido, díjole :

— Cerrad la puerta, amigo mío... Y acá para *inter nos* mucho atrevimiento me parece el vuestro. Presentarse

á semejante hora en mi aposento! ¿Qué hace toda esa gendarmería que va detrás de vos?

— Mi querida Regina, por los tiempos que corren, es la mejor compañía... Tengo miedo de la Dama blanca y no me agradaría encontrármela á solas... No lo echéis á risa... acordáos de la escena de la biblioteca... Cuán bella estáis cuando reís!... ¿Me permitís que os dé un beso?

— Sí, pero juiciosamente, en la mejilla...

El duque la besó en la mejilla.

— He aquí un puro beso de novio que no tiene nada de censurable. Regina, mi mujercita querida, yo os adoro... ¿Por qué tarda tanto la hora de nuestra felicidad?

— Ya sonará, mi amigo; tened paciencia.

— Vos sí que tenéis paciencia!

— Sí, tengo, mi querido duque, y más de la que pudiérais imaginar.

— ¿Por qué me decís eso?

— Porque tengo la seguridad de que si os dijese que aguardo ese momento con más impaciencia que vos, no me lo creeríais.

— Es cierto, Regina, no os lo creería.

— Hacéis mal, amigo mío!

— ¿Acaso me amáis mucho?

— Carlos, esposo mío, yo os adoro!

— ¡Cómo ignoramos los hombres á la mujer!... Hay momentos en que juraría que os inspiro temor...

— ¿En cuáles momentos?

— Cuando lograba, por sorpresa, estrecharos entre mis brazos, os sentía temblar como una hoja seca.

— Carlos, cuán cierto es que no conocéis á las mujeres: yo temblaba de felicidad.

Al oír tales palabras trató el duque de estrecharle el

talle, pero Regina lo rechazó y Carlos quedóse inmutado al oír ruido en el balcón.

— ¿Qué ruido es ese?

— Es vuestra gendarmería que se impacienta. Es tiempo ya de que os reunáis con ella. Hasta mañana, duque de Bramberg, no os olvidaré en mis oraciones!...

Inclinóse el duque y salió del salón.

Regina llegóse á la ventana, abrió las persianas y dijo:

— Entrad!

Reginaldo entró al salón...

Tenia aspecto de ladrón que acabara de escalar un muro, con las manos ensangrentadas y los vestidos desgarrados.

Regina cerró cuidadosamente persianas y ventanas, cerró con llave la puerta y volviendo hacia él dijole con tono seco y hostil:

— De manera que los barrotes son inútiles! No han servido siquiera para advertiros de una cosa: que sólo deseo que durmáis tranquilamente. Lo que habéis hecho esta noche es más imprudente y más loco que todo lo demás. Jamás podré perdonároslo. Escalar ese muro como un gato, treparse á esa gotera y subirse al balcón! Pero, desdichado; ¿no veis que cado uno de vuestros gestos es un insulto? *A causa de vuestras locuras os han encerrado en este castillo.* Mi hermana Stella, vuestra prometida, recomendóme que os vigilara. No os pueden dejar por fuera. Toda la policía del Sr. de Riva os sigue los pasos. Bien sabéis por cuanto os ha podido decir Stella y por cuanto vuestra indiscreción ha sorprendido ya aquí, á donde vinísteis para espiarme siguiéndome por ese pasadizo secreto, que vuestra persona no os pertenece, que vuestros gestos y hasta el más insignificante pensamiento de nuestra cabeza de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
MONTERREY, N.
Agosto 1965

hierro nos pertenecen!... ¿Por qué querer *enterarse* antes de tiempo? Si nada sabéis aún es porque todavía no ha sonado la hora!... ¿Creéis, acaso, que sois el único en esperarla con impaciencia? *Algún día sonarán las dos y cuarto*, señor de la Puerta de Hierro, testuz de hierro!... Mientras tanto enseñad la lengua gitana á la emperatriz Giselda y dad clases de equitación á las princesas reales de Carintia!... ¿Comprendéis? *Kalb Tziganié!*... mal gitano!... mal hermano!... Os conducís como toda una mala tropa de *gadschi*, chiquillo!...

Imposible nos parece copiar el desprecio con que la princesa dijo á Reginaldo : *chiquillo!*

Él no la miraba siquiera. Aguardó á que terminara. Cuando hubo guardado silencio dijo estas palabras :

— Voy á matarlo!

— ¿Á quién? interrogó Regina cada vez más colérica.

— Al hombre que os besó en la biblioteca ahora rato y que os acaba de besar aquí. Voy á matarlo.

— ¿Á mi novio?... ¿Vais á matar á mi novio?... ¿Vais á matar al duque?...

— Sí... al duque... á vuestro novio... á vuestro novio!

Pronunció en voz tan alta esas últimas palabras que bien se hubieran podido oír en una pieza contigua. El puño de Regina cayó como un martillo sobre los brazos cruzados del joven y lo empujó hacia su propio cuarto... el cuarto donde estaba la cama... y el retrato de María Silvia!

Cerró la puerta temblando de rabia y luego díjole :

— ¿Quieres acaso que te oigan, esclavo? ¿Quieres por ventura que sepan que Regina de Carintia recibe en su alcoba y de noche á su caballero? Calla!... Calla! .. Pues bien, sí, te recibo en mi alcoba y aquí me tienes sin turbación alguna, Reginaldo Iglitz!

¿Cómo puede importarle á la princesa de Carintia la presencia de su criado?... No te muevas... calla!... Que para mí no eres sino un criado... y me has de obedecer y he de domeñarte, cabeza de hierro de la Puerta de Hierro!...

Frente á frente estaban los dos, como en una jaula la fiera y el domador. Sus miradas se cruzaban como aceros prontos al combate.

— Lo he de matar, repetía Reginaldo.

Ella levantó los hombros y púsose á silbar. Tamaño insulto, que en otras condiciones, le habría enardecido la sangre, encontrólo tranquilo. Tras de su hosca resolución de matar habíase atrincherado y nada ni nadie le importaban fuera de su resolución. Regina de un salto extendióse sobre la cama, con el codo en el cojín y la actitud displicente. Encendió un cigarrillo turco y Reginaldo apartó la mirada, sin atreverse á contemplarla.